

# UN GIGANTE SOLITARIO: ALFREDO NOBEL



MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

Expectativa mundial cada año para literatos e investigadores es el **Premio Nóbel**. Y con justa razón. Es todo un acontecimiento. La suprema aspiración de muchos. Pero tal vez el mundo ha mirado más la inmensa fortuna del gran químico fundador, y ha echado en el olvido su **tragedia humana**.

Tal vez por un caprichoso destino la gloria póstuma ha ofuscado al hombre. Tampoco los 63 años de geniales invenciones le dejaron vivir su vida. Sin amigos, sin esposa, sin hogar, casi

sin patria, los trabajos le llevan —como extranjero— de un lugar a otro. Su vida se consume en los laboratorios, en los camarotes de los barcos, en los hoteles, en los vagones de ferrocarril, viajando de Suecia a Noruega, a Alemania, Austria, Francia, Escocia, Inglaterra, Italia, Rusia, América... Retraído, precavido, idealista, al morir no tiene junto a su lecho ningún "amigo íntimo o pariente cuya mano cariñosa le cierre los ojos... y susurre al oído una palabra de consuelo, dulce y sincera". Es la tragedia de un gigante solitario.

Firme, indolente, preocupado, menos que de mediana estatura, digno y humano, facciones definidas, altas cejas, frente despejada, abundante barba casi con descuido, orejas profundamente marcadas, mirada enérgica, amable y voluble al mismo tiempo, como si fuera el espejo de su temperamento: tal aparece, ante el mundo, Alfredo Nóbel.

## I — EL GIGANTE

### **Idealismo Paterno.**

Immanuel (1801-1872) es el padre del futuro creador del premio Nóbel. Es un hombre de poca cultura pero de inventiva y fantasía no comunes. No conoce otra lengua fuera del sueco. Todo lo que sabe lo ha aprendido por su cuenta. Su vida es una fantasía en colores.

Abandona la escuela a los 14 años. Busca en un barco sueco las aventuras del mar, como grumete. Viaja

tres años por el Mediterráneo. Regresa de albañil. Va a Estocolmo. Trabaja incansable. Aprovecha las horas nocturnas para estudiar arquitectura y mecánica en una escuela de artes y oficios. Tiene 22 años. Se establece por su cuenta: es arquitecto y constructor.

Pero la realidad choca con el idealismo y con sus sueños fantásticos. Compra un edificio, que es poco después destruído por el fuego. En 1833 se declara en quiebra. Nace su tercer hijo, Alfredo. Pasan cuatro veranos sin poder recuperarse. Deja su familia en Estocolmo y se traslada a Rusia. Estalla la guerra de Crimea. Ocasión propicia para sus conocimientos mecánicos y adelanto de sus inventos. Instala con éxito un taller. En San Petersburgo se le juntan los tres hijos y la esposa. El gobierno ruso le encarga "el perfeccionamiento de las defensas de las líneas costeras" por medio de minas submarinas, torpedos y otros inventos suyos.

Immanuel, idealista, hace empréstitos para ampliar el taller, construir un astillero, y dar abasto a tantas responsabilidades. Termina la guerra y los rusos no cumplen la oferta. Todo ha sido trabajo inútil. Immanuel ha chocado con la realidad. Y tiene que declararse en quiebra por segunda vez.

Se siente viejo, desilusionado, deprimido. Vuelve a Suecia. ¡Qué difícil volver a comenzar! En su cabeza bullen aún ideas frescas. Alfredo ha heredado la fantasía del padre. Y el viejo constructor aportará algo nuevo a la industria mecánica, con la colabora-

ción de su hijo. Para 1850 la situación financiera de la familia se consolida con los nuevos talleres de Immanuel. Pero nueve años más tarde torna a arruinarse con una tercera quiebra. Idealismo y realidad cruda. El astillero de San Petersburgo queda en manos de su segundo hijo, Ludvig.

El padre trabaja ahora con explosivos. Se recupera del desastre, y comienza de nuevo. En 1864 ha empezado en grande la producción de nitroglicerina. En septiembre del mismo año vuela la fábrica en una tremenda explosión. El cuarto hijo, Emilio, pierde la vida ese día con muchas otras personas. El anciano padre queda abatido. Sufre ataques graves. Nuevas explosiones se suceden en poco tiempo. La salud física y mental del heroico inventor ya no se recobra. Muere en 1872 en Estocolmo.

### **Alfred Barnhard Nóbél**

"Alfredo Nóbél, lastimoso medio-viviente, debió ser muerto de asfixia por un médico filántropo tan pronto como, con un vagido, entró en la vida". Así se describe a sí mismo en una carta a su segundo hermano.

Nace en Estocolmo el 21 de octubre de 1833. A los ocho años es recibido en la escuela por primera y única vez. Es débil y enfermizo. La familia se traslada en seguida a Rusia. Un tutor particular instruye a los tres niños. Alfredo tiene que interrumpir estos estudios a los 16 años (1850). Nunca asiste a la Universidad ni obtiene títulos académicos.

Pero sus capacidades intelectuales no son comunes. A los 17 años ya es un químico notable. Domina varios idiomas: Además del sueco y del ruso, habla el alemán, el francés, y el inglés, lengua esta última en la que el joven compone varias poesías "melancólicas, sensitivas, religiosas". Inteligencia precoz, pero enfermiza. Idealista, soñador, introvertido, en plena juventud prefiere la soledad.

En los altibajos de la fortuna paterna hay también momentos sonrientes. Immanuel aprovecha la oportunidad y envía al hijo menor al extranjero para que complete su educación. En esos dos años visita a Norte América. Pero sus sueños son la Química. Poco trata con los demás. Pasa casi todo el tiempo en París absorbido en las investigaciones de explosivos, en diversos laboratorios. Regresa a su patria, trabaja en los talleres de su padre, pero llega la quiebra en 1859.

Entretanto, en 1846, un científico italiano —Ascanio Sobrero— descubre la que él originalmente denomina **Piroglicerina**, que por su potencia explosiva es considerada demasiado peligrosa como para ser preparada industrialmente. Alfredo Nóbél logra vencer las dificultades para la fabricación comercial de esta nitroglicerina. Y obtiene la primera explosión en mayo de 1862. El año siguiente patenta un invento revolucionario: un detonador de percusión (cápsula de mercurio o "Inflamador Nóbél"), y funda dos fábricas de nitroglicerina en Suecia. Mas casi en seguida se prohíbe tal explosivo a raíz de las tremendas

catástrofes de que hablamos antes, causadas por el descuido en las manipulaciones.

Nóbél, sin embargo, no se desanima. En cosa de un mes organiza una corporación sueca y otra noruega para la fabricación de otra clase menos peligrosa. Marcha en seguida a Francia, Inglaterra, Estados Unidos a patentar su descubrimiento y fundar otras sociedades para la producción de tal artículo. En Alemania monta una factoría de explosivos en Krümel del Elba, que con el tiempo será la más importante del continente. Y otras luego en Winterviken. Que serán sus más constantes y crecientes veneros de riqueza.

Tras muchos azares se ha convertido en industria mundial la nitroglicerina. Y el problema de la peligrosidad se soluciona cuando, después de muchas experimentaciones científicas, verifica que este cuerpo incorporado con una substancia absorbente e inerte, como el **Kieselguhr** se torna más seguro y fácil de manejar. Mezcla, pues, la nitroglicerina con tierra de infusorios y obtiene la **dinamita**, que patenta en 1867.

En los siguientes años se suceden asombrosos descubrimientos. Establece grandes empresas en la mayoría de los países civilizados. Nóbél es ya un hombre inmensamente rico. Su padre, en cambio, ha perdido la salud.

### Más descubrimientos

De 1867 a 1873 establece su laboratorio en Hamburgo. Funda quince fá-

bricas de dinamita en casi todos los países de Europa y en los Estados Unidos. Pero no solo se entiende con explosivos. Obtiene 355 patentes en los diversos países: caucho y cuero sintéticos, seda artificial, la pólvora progresiva, espoletas y abrazaderas para granadas de artillería, perforada en frío y en caliente de caños de armas, cargas de propulsión para proyectiles-cohete, y producción electrolítica de potasio y sodio... Inventa, además, un método para la destilación continua del petróleo, cuya patente obtiene en 1884.

Fuera de la dinamita, los inventos que hacen más época son: el freno automático y la caldera inexplosible. Perfecciona la concentración del ácido sulfúrico, los aparatos vaporizadores, y la refinación del hierro de fundición.

Más tarde (1888) tiene la patente para la pólvora sin humo (balistita). Este invento es el precursor de la **cordita**, que tiene una historia novelesca. Porque la pólvora sin humo es un problema urgente para las grandes potencias. El gobierno británico nombra a Sir Frederick Abel, gran amigo de Nóbel y al profesor James Dewar para su solución. Estos, pues, se ponen en contacto con Alfredo Nóbel. Durante un año obtienen de él detallada información confidencial. Aquellos inician experimentos al mismo tiempo que él les explica su secreto. Nóbel apenas está tratando de perfeccionarla. Estos emplean pólvora de nitroglicerina y una especie de algodón-pólvora ligeramente distinto del

empleado por el gran descubridor. Y con esto producen una pólvora sin humo: que hacen patentar en seguida con el nombre de **cordita**.

Nóbel protesta. Pretende que su patente le da derecho también sobre aquella otra. No se logra un arreglo amistoso. Se entabla entonces un enérgico y sonado pleito contra el gobierno inglés. Dos años de litigio. El asunto se ha ido complicando. En los archivos de la Fundación Nóbel "los atestados impresos ocupan varios metros de estantería". La decisión final será contra el demandante, quien tiene que pagar sólo los gastos: £ 30.000. "Un enano al que se le ha permitido encaramarse sobre las espaldas de un gigante, puede ver más allá que el gigante mismo...", le explica verbalmente el presidente del tribunal inglés, Lord Kay. "En este caso, no puedo sino simpatizar con el poseedor de la patente original...". Nóbel ha quedado deprimido por la injusticia.

Y junto con sus propias empresas comerciales, financia en parte la explotación y destilación petrolera de Bakú, en Rusia, que se obtiene gracias a su invento. Esta industria prospera, merced al hábil manejo del mayor de los Nóbel, Roberto y a la destreza en las finanzas de su otro hermano, Ludvig, quien además ha fundado una fábrica de armas, de fama universal, en San Petersburgo.

De Hamburgo (1873) traslada su laboratorio a París, donde inventa la **gelatina explosiva**. Mas aquí se desata contra él una agresiva campaña perio-

dística. Se le acusa de espionaje militar desde su mesa de experimentación.

Y ya, según ellos, la pólvora sin humo ha sido descubierta por dos franceses para el ejército nacional. Laboratorio y terrenos de prueba son clausurados por la policía. El inventor es amenazado con la prisión si continúa las experimentaciones en suelo francés. Nóbel se ve obligado —después de varios años— a salir del territorio, y en 1891 marcha a San Remo en Italia.

Entre tanto una de las compañías para la fabricación de dinamita en Francia ha sufrido gravísimas pérdidas. Nóbel, para salvarla de la quiebra, le concede un crédito considerable. Pero todo ha sido una pantomima. Se han cometido fraudes reales. El director administrativo, un antiguo senador, es condenado a la cárcel por falsificación y otros delitos. Y sin embargo, se acusa a Nóbel como responsable del desfalco. Es una demanda por 4.600.000 francos. Las pérdidas han sido cuantiosas. Tanto que el inventor se cree en la ruina. Pide a una **Compañía alemana de Dinamita** un puesto como químico de la empresa...

Tiene ahora 60 años. Y está agotado físicamente por varias enfermedades y crisis nerviosas.

En San Remo los vecinos se quejan del manejo de explosivos de Nóbel. Piensa entonces en los aires natales. Para establecerse allí intenta comprar una antigua fábrica de latón, la **Finspang**. Pero al fin se decide por la **Bofors-Gullspång Co.** en Varmland,

que hoy es famosísima fábrica de municiones y armas de fuego. Es 1893.

Viaja a Francia, Suecia, Italia de nuevo. Continúa investigando. Pero su salud no resiste más. Sus últimas horas son trágicas. Síntomas de hemorragia cerebral. Casi no puede hablar. Olvida todos los idiomas, excepto el materno. Pronuncia palabras ininteligibles para los criados que le atienden. El médico italiano prescribe reposo absoluto. Fuertes ataques de insomnio le desesperan en la cama. Tres días después, el 10 de diciembre, a las dos de la mañana, una hemorragia cerebral acaba con la vida del **gigante solitario**. Tiene 63 años. Deja una fortuna de 31.000.000 de coronas suecas.

## II — SOLITARIO

“Se refiere usted a mis muchos amigos. ¿Dónde están? ¿En el cenagoso fondo de las ilusiones perdidas, o escuchando afanosos el tintineo de las monedas ahorradas? Créame: sólo se ganan muchos amigos entre los perros a los que alimentamos con la carne de otros, o entre los gusanos a los que alimentamos con la nuestra propia. Los estómagos agradecidos y los corazones agradecidos son hermanos gemelos”. Así escribe Nóbel en una carta.

Es soñador, idealista, melancólico. Desde niño ha sido enfermizo. En la juventud es motivo serio de preocupación para sus padres esa debilidad física, templada sólo por una enérgica voluntad de triunfo. Le aquejan achaques constantemente, dolores de cabe-

za, angina de pecho, desarreglos cardíacos, padecimientos físicos y mentales. De ahí su permanente depresión, y una impresión de vaciedad. Las múltiples actividades como inventor y magnate de la industria le ayudan a superarse, sin que por eso deje de sentirse solo. Estado de alma que se manifiesta en su correspondencia privada.

Octubre de 1887. "Los últimos nueve días he estado enfermo, y he tenido que estar en casi sin más compañía que un ayuda de cámara mercenario: nadie pregunta por mí. Me da la impresión de que estoy mucho peor de lo que Bonté (su médico) cree, ya que el dolor es muy persistente; no me deja un momento. Además, el corazón se me ha convertido en más pesado que el plomo. Cuando a los cincuenta y cuatro años le dejan a uno tan solo en el mundo, y un sirviente a sueldo es la única persona que le ha demostrado a uno hasta ahora la máxima amabilidad, entonces acuden pensamientos tristes, más tristes de lo que la mayoría de la gente puede imaginar. Puedo ver en los ojos de mi ayuda de cámara cuánto padece; pero no puedo, por su puesto, dejar que lo advierta".

El trato social con los parientes, con los compañeros y desconocidos, es por demás frío en Alfredo Nóbel. "Conocimientos ocasionales de personas, con las que se puede pasar, desde luego, algunas horas agradables, pero a las que al final abandona uno con el mismo pesar que a una chaqueta vieja y raída." Así se expresa a los 21 años.

Añadamos las penas familiares (su hermano Emilio, muerto en una explosión: Ludvig en Cannes; su madre a quien tanto adora, el 7 de diciembre de 1889; antes la de su padre...), los desastres en varios experimentos, las quiebras, la incomprensión, la envidia, las preocupaciones financieras, conflictos íntimos con los parientes, abuso de confianza, deslealtad de muchos que no miran al hombre de fortuna sino a la fortuna del hombre... Todo eso le hace más escéptico, desconfiado, sagaz. Por carta sí mantiene continua correspondencia con su madre y sus hermanos y algunos otros. Pero eso es todo. Cuando el pleito de París con la **Compañía Central de Dinamita** escribe: "Aun cuando unos pocos amigos me ayudan, es, no obstante, una enorme carga la que tengo que estar dispuesto a echar en los hombros. Si no lo hago, tanto yo como mis codirectores nos vamos a meter en un atolladero pues estamos tratando con un hatajo de abogados granujas y sanguijuelas....

Muchas de las operaciones de bolsa a que lo lleva su habilidad financiera se deben en parte —como confiesa en alguna carta— a buscar un pasatiempo y un alivio a su melancolía. Por eso contabiliza todas las cuentas personalmente, hace los balances trimestrales: son una distracción para su espíritu.

Alfredo Nóbel necesita simpatía humana, ternura, comprensión. Pero no busca o no encuentra la compañera de su mismo nivel intelectual. Los que le rodean son amigos más o menos leales y muchos, muchos empleados y

admiradores y oficiales cumplidores del propio deber. "Deseo vivir, escribe Nóbél, entre árboles y matorrales, amigos silenciosos que respetan el estado de mis nervios y me escapo en cuanto puedo, tanto de las grandes ciudades como de los desiertos." Por eso en realidad huye de la publicidad, y de las reuniones sociales, aunque posee notable simpatía personal y fino humor. Recibe varias condecoraciones: La Estrella Polar Sueca, la Legión de Honor (Francia), la Orden de la Rosa (Brasil), la Orden de Bolívar... pero esto sin vanagloria ni ambición.

En el otoño de 1895, un año antes de morir, echa un vistazo a su inmensa fortuna. Y el gigante hace en París su testamento definitivo. El diciembre siguiente, a las dos de la mañana del día 10, muere Alfredo Nóbél sin "un amigo íntimo o pariente cuya mano cariñosa cierre... (sus) ojos y susurre al oído una palabra de consuelo, dulce y sincera." El viaje final ha sido tan solitario como su vida.

### III — EL TESTAMENTO

Alfredo Nóbél no es un pensador. Es un científico práctico. En lo abstracto se pierde. Su filosofía de la vida es enteramente personal, un poco vaga, idealista diríamos, no en el sentido Kantiano, sino de un optimismo filantrópico y aun religioso. Para él la religión es una expresión de amor a la Humanidad. "Deberíamos tratar a los demás como deseamos ser tratados por ellos. Personalmente, voy aún más lejos, puesto que no me siento satis-

fecho de mí mismo, lo cual en modo alguno es lo que siento por mis semejantes". Para él, Dios es un Ser libre de toda clase de defectos, un Dios de paz, de amor universal al hombre.

Tal sentimiento —llamémoslo así— religioso, se manifiesta en Nóbél como un anhelo pacifista, como una devoción a las artes liberales, como una grandiosidad. Dicen los amigos que le conocieron más de cerca, que la colección de solicitudes y cartas de agradecimiento hallados entre sus papeles llenarían volúmenes. "Como norma, me he preocupado más del estómago de los vivos que de la gloria de los difuntos en forma de monumentos". "Mi inclinación natural tiende menos a honrar a los muertos, los cuales ya no sienten y tienen que ser insensibles a nuestros tributos marmóreos, que a ayudar a los vivos que sufren privaciones". "El señor B, cree que podría salir adelante con seiscientos francos; pero como sé muy bien que una ayuda insuficiente y una ayuda nula no están, en definitiva, muy lejos una de otra, aumento el importe, por propio acuerdo a mil francos..."

En cuanto a sus deseos pacifistas, bastaría una anécdota. Le invitan a un Congreso de la Paz en cierta ocasión. Y él responde: "Mis fábricas pueden poner fin a las guerras antes que sus congresos. El día en que dos ejércitos se puedan aniquilar mutuamente en un segundo, todas las naciones civilizadas, es de esperar, renunciarán a la guerra y licenciarán sus tropas". Y en otra ocasión escribe: "Estoy dispuesto a des-

tinar parte de mis bienes a un premio que se conceda, cada cinco años, digamos seis veces, porque si en 30 años no ha sido posible reformar el sistema actual habremos retrocedido inevitablemente a la barbarie...”

Por otra parte, para el idealista Nóbel la literatura es un “manantial de salud para la Humanidad”, y además el desarrollo de las ciencias naturales ha de crear la felicidad de las generaciones por venir. “Extender el conocimiento es extender el bienestar. Quiero decir, bienestar general, no prosperidad individual, y con la llegada de ese bienestar desaparecerá la mayor parte del mal que es herencia de las edades tenebrosas. El progreso de la investigación científica y su área en continua expansión nos suscita la esperanza de que los microbios (los del alma, así como los del cuerpo) desaparecerán gradualmente, y que la única guerra que sostenga la Humanidad en el futuro será contra esos microbios”...

Guiado, pues, por esas ideas optimistas, filantrópicas, deja su testamento: Son 31.000.000 de coronas suecas que constituirán “un fondo cuyos intereses se distribuirán anualmente en forma de premios a aquellos que, durante el año precedente, hayan proporcionado el mayor beneficio a la Humanidad”.

Tales intereses, hoy en día, son bastantes para que —distribuidos en partes iguales, como quiere el testamento— asciendan a **cien mil dólares cada uno**. Una parte —dice a la letra el testamento— una parte (se distribuirá) a la persona que haya hecho el descubrimiento o la invención más importante en el campo de la **física**; una parte, a la persona que haya hecho el descubrimiento o progreso más importante en el de la química; una parte, a la persona que haya hecho el descubrimiento más importante en los dominios de la **fisiología o la medicina**; una parte, a la persona que haya producido en el campo de la **literatura** la obra más sobresaliente de tendencia idealista; y una parte, a la persona que haya hecho la obra mayor o mejor en pro de la fraternidad entre las naciones, de la abolición o reducción de los armamentos permanentes y de la celebración o promoción de Congresos de **Paz**”.

He aquí, en sus grandes líneas, la tragedia de un hombre, de un gigante. La felicidad no es el dinero. Ni es la ciencia. Y tras la cortina de oro de la gloria terrestre, palpita muchas veces un corazón que necesita de los demás para sentirse **humano**.